



**ABRIGOS DE PAÑO INGLÉS**

**Alicia Llarena**

**ALICIA LLARENA.** (Gran Canaria, 1964). Es en la actualidad Profesora Titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Desde 1980 ha publicado numerosos poemas y relatos en revistas literarias y páginas culturales, y obtenido diversos premios de poesía y narrativa (entre ellos el "III Premio Internacional de Poesía Ciudad de Santa Cruz de La Palma" en 1995, y el Premio de Novela Corta "Casa de Venezuela en Canarias" en 1985).

Autora de *Impresiones de un arquero*, libro de cuentos publicado por la Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias en la Colección "Nuevas Escrituras" en 1991, y de *Fauna para el olvido*, volumen de poemas publicado en Madrid en 1997. Ha sido incluida en la antología *Última generación del milenio* (Islas Canarias, 1998) y es miembro del Consejo de Redacción de la revista de arte y literatura de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria *Espejo de Paciencia*.

Combina con la creación literaria su actividad investigadora y crítica, terrenos en los que ha desarrollado una amplia labor con la publicación de abundantes artículos en revistas especializadas nacionales y extranjeras, y los libros *Poesía cubana de los años 80* (Madrid, 1994) y *Realismo Mágico y Lo Real Maravilloso: una cuestión de verosimilitud* (Estados Unidos, 1997). Por esta labor recibió en 1994 el "Premio Día de Canarias" para jóvenes investigadores.

## I

«¿Qué es exactamente un pinche tirano?»  
(C. Castaneda, *El fuego interno*)

La tiranía me pareció desde siempre la peor forma de gobierno, y si alguna vez me hubieran obligado a describirla quizás hubiera dicho algo tan simple como, por ejemplo, que se parece a aquel pesado abrigo de paño inglés que todos los inviernos caía sobre mis hombros delicados hasta llegar a inmovilizarlos. Apenas podía doblar los codos ni sostenerme firme ante la tremenda fuerza de su gravedad. Me anclaba a la tierra y me recordaba a cada instante la opresiva presencia de mi madre. Ajena a la carga que había depositado en mí, ella se empeñó durante años en proteger mi niñez algo enfermiza de las corrientes de aire, y de las húmedas inclemencias que amenazaban desde el otoño: "ni te atrevas a quitarte el abrigo de encima, y cierra la boca cuando salgas a la calle". Sólo años después he entendido el verdadero significado de sus órdenes, y el lastre doloroso de mi abrigo.

El gabán llegó a la casa como habían llegado hasta el momento los objetos más extraordinarios y curiosos que poseí en la infancia, cosas que habían sido olvidadas por los imprevisibles habitantes de una pensión del sur. Corrían los años sesenta y mi abuela, astuta emprendedora de negocios prósperos, decidió de repente, no sin cierta desconfianza por parte de su esposo, convertir la casa amplia y soleada en un albergue para aquellos turistas descarriados que admiraban los pueblos solitarios y distantes, rutas ajenas al incipiente amanecer del turismo insular, afanado sobre todo en apropiarse de las costas tranquilas y arenosas.

Lo que al principio parecía una locura iba a convertirse con el paso de los años en el negocio más sólido del pueblo, y en el motivo de todas las cosas importantes que habrían de sucederme. Dos cuartos separados del dormitorio de mi abuela por un largo corredor sirvieron de asilo a los primeros hippies cuya curiosidad y –todo hay que decirlo– cuya falta de recursos económicos para enfrentarse a las lujosas empresas hoteleras, habían traído a la pensión de mi abuela. Sus telas africanadas o vaqueras, sus cabelleras largas, las mochilas llenas de mugre, y todo tipo de abalorios de cuero eran sus señas de identidad, huellas visibles de pertenencia a otras regiones distintas de la nuestra, y causa principal de que mi abuela, desconfiada como ninguna otra mujer, les obligara a pagar por adelantado cada noche de hospedaje, y cerrara con llave cada noche las puertas de la nutrida despensa de la casa.

Quién sabe por qué mi abuela había nacido dotada de una intuición precisa, y adivinó enseguida no sólo la forma de ampliar el negocio fabricando habitaciones independientes y contiguas, sino, lo que es más relevante, mis gustos algo anormales en la larga tradición de la familia. Es cierto que yo siempre miré fascinada a aquellos individuos, los raros y fugaces habitantes de mi infancia, gentes cuyo despreocupado aspecto despertaron muy pronto en mi interior emociones más propias de una adolescente que de una chiquilla con el cascarón pegado aún de su ingenuo trasero. Cómo me gustaban las botas de aquel inglés, bien aceitadas con grasa de caballo, y las sonoras herraduras marcando el paso en las baldosas de la casa; y qué hermosos me parecían entonces los tonos desteñidos de sus chaquetas vaqueras, o las cintas de colores que rodeaban sus cabezas y destacaban sobre la frente. De dónde me había nacido aquel deleite por esa estética tan caótica y extraña es algo que nunca supe a ciencia cierta, pero su recuerdo empaña todavía con una alegre pátina las horas más remotas de mi infancia.

Por azarosos despistes de muchos viajeros, y porque no hallaba mi abuela otro modo de retenerme en los calurosos veranos del pueblo, fueron llegando a mis manos todos

sus objetos olvidados, desde la cazadora de pana desgastada, o los más variados e inverosímiles colgantes, hasta unas botas viejísimas que recibí como si fueran el oro y la mirra de los propios reyes magos. Mi abuela siempre guardó para mí lo que aquellos muchachos dejaban en el cuarto, y a escondidas de mi madre, a quien aterraban en especial los modos y las formas de tan extravagantes huéspedes, yo me probaba y lucía cada prenda embriagada de emociones como quien vive una epifanía. Pero no pasó demasiado tiempo hasta que mi abuela recibiera de mi madre una consigna, “no le estés dando porquerías a la niña”, y hasta el día en que mi abuela, por no contrariar su autoridad, le obsequió con un abrigo de paño inglés, de corte clásico, aspecto tieso, y muy mal gusto, que algún alemán desmemoriado había dejado en la pensión. Huelga decir que ese día truncó mi infancia, y quedaron clausuradas las emociones espontáneas. Como en una cárcel, me acostumbré a vivir en el abrigo, y a ver a mi madre hincharse de orgullo mientras exclamaba por todas partes “ahora sí que estás decente y arregladita, da gusto verte”.

Voy a ahorrarles el recuento de tiranías y despotismos que fue mi vida en aquellos años. Deduzco que es fácil de imaginar. Al fin y al cabo no es más que la común historia de una madre dominante, y de una hija que aguardaba la hora de quitarse de encima el incómodo peso de un gabán.

## II

*«Un pinche tirano es un torturador –contestó–. Alguien que tiene el poder de acabar con los guerreros, o alguien que simplemente les hace la vida imposible».*  
(C. Castaneda, *El fuego interno*)

Cuántos abrigos de paño inglés sobrevivieron a la infancia. Dicen que nada marca con tal fuerza nuestras vidas como aquellos sucesos que conmocionan la blanda inocencia de esos años, y que todo cuanto acontece en adelante es

una mera repetición, la reincidencia de emociones de digestión difícil que reaparecen incansables, una y otra vez, con el ánimo de fortalecer las paredes del estómago.

Dotada de un alma crédula y quizás en exceso idealista, lo único que deseé en todo ese tiempo fue hacerme mayor, ver crecer mis piernas y mis brazos, poblarse de vello las partes importantes de mi cuerpo, pasar de curso en curso aceleradamente, hasta que al fin el cúmulo irreversible de los años me permitieran abandonar para siempre los confines de la casa y establecerme por mi cuenta. Tener casa propia y ser mayor significaba mucho más que resolver mi intimidad; era el único modo de que atrás quedaran la familia, los ecos del pasado, y toda suerte de prohibiciones y fantasmas. Claro que entonces no tenía idea de lo perseverantes que pueden llegar a ser, tenaces como una enfermedad de carácter crónico, las huellas que perduran en la conciencia. Quiero decir que ser mayor no deshizo mi abrigo de paño inglés, al contrario, siguió encima de mi cuerpo, con otras tonalidades y tallas cada vez más amplias.

Recuerdo el día en que llegué a la empresa, exaltada, y la cara con que el jefe recibió mi primer día de trabajo. Quién podría olvidarse de algo así: "aquella es su mesa -dijo- y empiece ya porque estamos a punto de cerrar la edición". Recorrí con los ojos aquella sala amplia poblada de periodistas y mecanógrafos, todos absortos y acelerados, consumiéndose entre el placer del párrafo y la brevedad de la noticia, y entre el tumulto vi a duras penas la silla que me estaba destinada.

Una vez sentada con cierta comodidad y apoyada en su acolchado respaldo hice fuerzas para no venirme abajo, releyendo con sorpresa las órdenes del jefe. Yo, que creía estar predestinada para los grandes actos del lenguaje, para el elegante virtuosismo de la palabra escrita, para la fábula, para el coraje sin frenos de la invención, quedé reducida, en un instante, a una simple escritora deportiva sin más misión que redactar, en crónicas urgentes y monótonas, las incidencias de equipos que ni siquiera conocía. Por supuesto

creí que se trataba de un error, no era posible que el jefe desconociera mi talento, mis tres libros de versos publicados en Madrid, la novela cuya primera edición estaba a punto de agotarse en las librerías y mis sobresalientes calificaciones a lo largo de mi licenciatura en Periodismo.

"¿Puedo pasar? -pregunté tímidamente en la puerta de su despacho- sólo vine a decirle que me han puesto en la mesa equivocada. Estoy en deportes, creo que mi sitio es el suplemento de cultura". "Donde me hacen falta los buenos escritores -me contestó como si nada- es en las páginas deportivas; siempre hay problemas en la sintaxis, ya sabe, errores ortográficos, disparates. Para eso la contraté. Quiero que sean las mejores páginas del diario ¿entiende?, son las más leídas del periódico, de modo que ése es el sitio que quiero para usted".

Encorsetada en la rutina de aquella redacción pasaron más de dos años. Ya había dejado la casa de mis padres y era imposible volver atrás, asumir las deudas cotidianas, el alquiler, los pequeños vicios, la comida, los viajes del verano. No fue fácil soportar al jefe, con el que a menudo me enzarzaba en acaloradas discusiones, y cuyo argumento constante e irrefutable era sin duda superior a mis fuerzas, "si no le gusta lo que hace búsquese otro periódico", y no eran aquellos, precisamente, años fáciles para encontrar otro trabajo.

Si decidí tirarlo todo por la borda fue porque un día, en uno de esos centros comerciales donde la población mata a menudo sus horas de aburrimiento, me encontré con la oportunidad que yo esperaba: "Prepárese para el invierno. Gran oferta de abrigos de paño inglés al treinta por ciento de descuento". Como si fueran versos del preferido entre mis poetas simbolistas, el anuncio puso en acción toda mi sustancia alquímica trasmutándome al momento, e iniciando el desbocado fluir de una memoria remota y antiquísima.

Llegué al apartamento con el sudor que despiertan en nuestro cuerpo las horas del cambio y la confusión, enfurecida y expectante a un tiempo, con la única decisión de presentar al día siguiente mi carta de renuncia en la di-

rección del diario. Abrí el frigorífico y degusté con calma un yogur desnatado mientras la música preferida sonaba inundando todo el salón. Ya en la madrugada los recuerdos de mi infancia habían desencadenado en mí tal fortaleza que nada me pareció importante, ni los gastos del agua corriente, ni las facturas del teléfono, ni la subida de los precios en el hipermercado, podrían detener la decisión de abrirme paso ante el abrigo de paño inglés que me torturaba, día tras día, en la sección deportiva.

A la mañana siguiente, mientras recogía mis pertenencias y dejaba la mesa limpia de notas y papeles, me acompañó la sonrisa transparente de una recién nacida, y escuché sin pestañear las palabras de mis compañeros, "haces bien, nunca te hubiera cambiado el puesto, le molestan los periodistas inteligentes, le horroriza que alguien le dé sombra, no hay nada que más le guste que usar su autoridad para joder a la gente con talento, que tengas suerte".

### III

*«Es sólo ahora que lo sabemos. Sabemos que nada puede templar tan bien el espíritu de un guerrero como el tratar con personas imposibles en posiciones de poder. Sólo bajo esas circunstancias pueden los guerreros adquirir la sobriedad y la serenidad necesarias para ponerse frente a frente a lo que no se puede conocer».*

(C. Castaneda, *El fuego interno*)

Lo peor de todo estaba aún por suceder. También lo más interesante, la prueba más peligrosa, el dolor más agudo, la mayor alegría, lo mejor que pudo ocurrirme para el resto de mi vida.

Conocí a Julián a los pocos días de haberme despedido de aquel jefe y conmocionada por su hallazgo repentino no advertí siquiera el más mínimo parentesco entre los dos. Alto, proporcionado, y con un curioso y seductor estilo entre la elegancia y el desparpajo, el mismo que le hacía com-

binar un desgastado vaquero con una fina chaqueta de Giorgio Armani, se acercó a la mesa donde cada tarde, libre de ocupaciones laborales, yo degustaba cafés singulares de todas partes de América Latina.

Me hablaba con voz cálida y la misma confianza de quien me hubiera conocido desde siempre, y dejaba caer de vez en cuando frases adulatorias sobre mis libros, y no pocas confesiones de sus gustos personales, tan parecidos por cierto a todos los míos. Sin embargo, mucho más que su conversación interesante, y su espléndido y agraciado físico, lo que me conquistó fue un detalle irrelevante que pronto desencadenaría en mí unas ganas locas de embriagarme en las tradicionales emanaciones del amor y sus preámbulos. Aunque ya había leído para entonces las particulares teorías de Ortega sobre el enamoramiento, al cual éste definía como una suerte de imbecilidad transitoria, Julián me provocó casi de forma instantánea una idiotez que no conocía límites. De hecho, en contra de mi conducta general hasta el momento, esa misma noche nos fuimos a la cama.

Debo aclarar que su acento argentino también tuvo su parte en esta historia, pues nada me gusta más que escuchar las voces melódicas y calientes de cualquier país latino; y por supuesto su profesión de psicoanalista, mítico ejercicio de indagación que fascinó siempre mi mente ávida de conocimientos sobre lo amorfo y contradictorio. Pero fue aquel detalle minúsculo el que le abrió las puertas de mi vida sin condiciones: una pulsera de cuero que acerté a ver en su muñeca, escondida como lo estaba en su chaqueta de diseño. Todo parecía reunirse en una misma persona señalada para mí.

Las largas conversaciones de los primeros días confirmaron mis sospechas sobre Julián. Procedía de la misma estirpe a la que yo pertenecía desde pequeña, y su existencia estaba jalonada por sucesos parecidos: un alma libre aprisionada en múltiples circunstancias, estrechas convenciones familiares y dictaduras políticas, que sin embargo no olvidó nunca sus raíces y su entrañable afinidad con los des-

arraigados y los hippies. La pulsera de cuero seguía siendo su señal de identidad, un viejo recuerdo de sus años locos en una vieja comuna del Sur de Europa.

No sé si dije que nací crédula y en exceso idealista, razones que me llevaron sin remedio a querer a Julián cada vez con más fuerza, mientras yo desaparecía, poco a poco, en aquella envolvente devoción sin frenos. Tal era la intensidad de mis sentimientos que nunca reparé en sus consecuencias, y acabé echando todo el peso de aquella relación sobre mis jóvenes espaldas. Entre otras cosas, desatinadas y temerarias como el resto, lo invité a compartir mi pequeño apartamento, y me hice cargo de la precaria economía doméstica con los escasos ahorros de los que aún disponía mientras Julián, aún sin ocupaciones ni trabajo, intentaba hacerse un hueco entre los profesionales de la isla.

Fui yo la que tuvo la ocurrencia de resolver poco más tarde su triste situación de desamparo, y de añadir más compasión a su casi genética orfandad: había perdido a su madre con sus escasos cinco años durante el parto de un hermano que tampoco sobrevivió, noticia que, lejos de intimidarme, convocó en mi ánimo los más protectores anhelos maternos. Desempeñando, pues, a la perfección, mis dotes de nodriza madura y responsable, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de que Julián se sintiera, al fin, ocupante precioso de mi regazo.

Una noche, después de corregir incansable páginas y páginas de plúmbeas Tesis Doctorales para ganarme unos billetes extras, y de haber instruido en lengua inglesa a niños díscolos y adolescentes torpes en mis recién instauradas clases particulares, le propuse a Julián que iniciara un negocio propio abriendo una consulta. El espacio del apartamento no permitía grandes lujos –apenas un dormitorio y un minúsculo estudio–, pero bastaba para empezar con que ocupara una parte del salón en la que, como línea divisoria, colocaríamos un biombo. En pocas semanas Julián empezó a tener clientes, y yo serías razones para estar preocupada.

De los cuatro pacientes que atendía a la semana sólo uno pagaba puntualmente sus honorarios. El resto, tres jó-

venes muchachas maltratadas por la depresión o la anorexia, carecían de recursos propios y asistían a las sesiones de terapia a escondidas de sus padres, totalmente ignorantes de los graves estados mentales de sus hijas. Julián me consolaba con argumentos humanos y tan espirituales que casi llegué a considerarlo un santo, un benevolente iluminado de fin de siglo. “No tenés de qué preocuparte, algún día llegará el dinero, no podés dejar solas a estas muchachas”.

Con los meses, en efecto, los pacientes crecieron en número y en recursos, pero Julián poco podía aportar a nuestros gastos cotidianos porque sus actitudes –eso decía– estaban condicionadas por el desamparo que marcó toda su infancia. Los ingresos de sus sesiones iban a parar directamente a una cuenta de ahorros que abrió en el banco “por si acaso, ya sabés que en esto de las terapias uno no siempre tiene clientes. Hay que guardar para tiempos peores”. El único desembolso de importancia que logró hacer fue el dinero necesario para alquilarse un local propio donde atender con comodidad sus necesidades profesionales. Totalmente de acuerdo con la conveniencia de la inversión, yo misma le ayudé a elegir el mobiliario.

Feliz de verlo prosperar, no tuve tiempo para advertir mi desgaste y mi cansancio. No quise verlo, en realidad. Hubiera sido suficiente con echarle un vistazo a mi cuaderno de escritura, desolado como un páramo, vacío de notas y palabras como los largos eriales del sur, o con haber contado las semanas que iban pasando sin la alegría de ver cine o acudir al teatro, incluso con percatarme de que mi lista de amistades iba menguando en la medida exacta y proporcional en que le iban creciendo nombres a la agenda de Julián. Yo era la casa, la pareja, el alimento, la higiene, el sueldo, las duras obligaciones, las monótonas clases particulares, la correctora –quién iba a decírmelo– de los estudiantes y licenciados de la ciudad. Yo era incluso el amor, el centro del que emanaba, cada vez más solitario, el afecto y la energía de ambos.

Empecé a advertir mi lamentable estado una noche en que Julián regresó del despacho con un desmesurado apeti-

to sexual. Nada más verme en el salón acercó su boca a mis pezones y metió su mano entre mis piernas. Pero yo, que en cualquier otro momento hubiera respondido a sus insinuaciones con el repentino e instintivo erizamiento de mi piel, sentí de golpe un bárbaro agotamiento y lo aparté con brusquedad. “¿Te pasa algo? Vos nunca me recibís así, si querés lo dejo”. La larga noche que teníamos por delante iba a ser sin saberlo un océano de silencios interrumpido a veces por contenidas acusaciones mutuas de las que ya nunca, nunca, nos podríamos recuperar.

En adelante Julián retrasaba con premeditación su regreso hasta la casa, y yo repasaba en voz baja los contenidos de nuestra unión, y el injusto reparto de funciones. Jaquecas dolorosas y un estado general de debilidad se convirtieron en signos físicos y alarmantes de aquella decadencia sin retorno, sólo excedida en ocasiones por la oculta infidelidad de Julián. Ya había intuido con bastante antelación algunos de sus deslices, pero nunca tuve pruebas fehacientes para poder corroborarlos: un perfume femenino distinto al mío, una nota de efusivo afecto en alguno de sus bolsillos, gestos en fin que, según sus versiones, sólo eran parte de su trabajo, “no olvidés que los pacientes transfieren con su médico, es parte habitual del proceso”.

Una tarde, después de recoger un completísimo análisis de sangre que me hice en un laboratorio particular de la ciudad, regresé al lugar de los hechos, es decir, a la misma cafetería donde conocí a Julián, para observar con detenimiento los resultados. Pedí un café de Costa Rica y un hojaldre con dulce de manzana mientras abría –no sin cierto temor, todo hay que decirlo– el sobre blanco. El colesterol, el azúcar, los triglicéridos, las plaquetas, y todo lo que fuera susceptible de medición estaba perfecto en mi organismo, salvo la desmedida flojera que me hacía sentirme convaleciente y frágil como después de cualquier larga enfermedad. Sin razones para achacar a mi salud el estado del cuerpo y la flaqueza de mi ánimo, fui a buscar a Julián a su consul-

ta, predispuesta a ofrecerle unos días de descanso en las playas del sur, unos días para el fortalecimiento y la restauración de nuestra pareja.

Frente a la puerta del despacho, ya a punto de tocar el timbre, escuché sin quererlo voces de una mujer que alternaba risas y jadeos sin muchas contemplaciones. Julián era partidario de dar rienda suelta a las expresiones de tristeza o felicidad, y jamás puso obstáculos a ninguno de sus pacientes, ni siquiera cuando acudían al apartamento y a sabiendas de que muchos vecinos nos llamarían la atención. Esperé en la escalera hasta que la mujer, cuyo perfume reconocí enseguida, abandonó la consulta. Rotos mis planes con Julián porque no pude superar la desconfianza que me otorgó aquella fragancia, regresamos a la casa en medio de un silencio aterrador. “No irás a creer que es una amante –dijo de pronto– estoy experimentando con ella un nuevo método de psicología transpersonal basado en respiraciones. Sólo estaba respirando esa mujer”. Me mordí la lengua para no contestarle pero no pude evitar la mención del perfume, “¿y tú te tragas su perfume cuando respira? Estoy harta de ese olor en tus camisas”.

Como buen psicoanalista, Julián nunca me contaba las incidencias de su trabajo, mucho menos los psíquicos pormenores de sus pacientes, cuyas revelaciones eran secreto profesional, pero esa noche no tuvo más remedio que iniciarse en ello. Me contó que la pobre mujer –así la llamó por encubrir de algún modo su identidad– era la esposa de un arquitecto tirano y posesivo como nadie, que había aprendido a aguantar desde su infancia carros y carretas, y que el mismo mecanismo emocional la había acompañado el resto de su vida, que era infeliz, que nunca decía no porque en su diccionario personal le estaba prohibida esa palabra desde pequeña, y que por esos y otros motivos tan arraigados en su personalidad la depresión la tomó con ella, y ella tomó contacto con su cruda realidad, y se dio cuenta, casi a punto de cumplir sus cuarenta años, del fraude de su vida entera, una existencia que había ido gastando para otros sin

ocuparse de ella. Confieso que estuve a punto de apiadarme de la señora, y de culparme por haber sido tan quisquillosa y desconfiada con Julián. Imaginarla triste era sencillo, comprenderla tan fácil que olvidé la verdadera causa de nuestra discusión, los persistentes aromas del perfume que muchas veces recorrían mi apartamento entreverado en las ropas de Julián.

Si no hubiera sido porque él habló más de la cuenta aún estaríamos juntos. Yo ya me había entregado a la lástima profunda que me inspiró su paciente cuando mencionó por imprudencia los tiernos abrazos que, para consolarla, le daba de vez en cuando, "vos no conocés los mecanismos de mi trabajo, preciso hacerle estas muestras para desarrollar su autoestima y cerrar la herida de sus padres y su torpe marido, así que no te asustés cuando me huelas, sólo es un mero contacto profesional". Me sacó de las casillas el comentario, nunca pensé que un simple abrazo pudiera desembarcar en los jadeos que escuché en el despacho. Pero más me enfureció su particular teoría sobre las relaciones personales, y la clasificación tan transparente que estaba a punto de ofrecerme, "yo siempre digo que en el mundo hay dos clases de individuos, que todo se reduce únicamente a dos categorías, perchas y gabardinas, unos que cargan y otros que se dejan cargar, la cuestión es saber a qué clase pertenecemos. Esa pobre mujer es una percha, una percha de madera de la buena, y su marido el gabán que le cayó encima, ¿lo entendés ahora?, algún día escribiré un ensayo sobre estas cosas, pienso demostrar que si hay gabardinas es porque también existen perchas que las carguen".

No sé qué habrá sido de Julián desde aquella semana en que lo eché de casa, ni siquiera sé si ya habrá escrito su tratado, si habrá tenido éxito en su trabajo, si tiene amantes, si se ha casado, si anda solo o encontró otra percha como la mía. Ignoro sus pasos con la misma inconsciencia y dejadez con que ignoré mi vida durante el tiempo que compartimos, desconozco su destino y a veces pienso que quizás ya no esté en la ciudad, que es posible que haya regresado a su país, o que esté muerto.

Apenas un recuerdo me queda de aquella historia, el más importante, el definitivo, el momento luminoso en que estirando los brazos con una fortaleza que yo desconocía, me desembaracé para siempre aquella noche del molesto e irritante abrigo que se posó en mis hombros desde la infancia. Mis músculos ejercen hoy un poder de decisión capaz de desquitarse de todo lo que arruina sus gráciles movimientos, de apartar de cuajo con un solo y certero golpe el peso mineral de una montaña, de abrir en dos el océano o detener el cauce de un barranco. Ni siquiera pienso en Julián mientras escribo, después del éxito editorial que he conseguido con el primero, el segundo volumen de mi "Tratado para deshacerse de abrigos y gabardinas".